

Marida

ALBERTO ESCABIAS AMPUERO

Málaga, El Toro Celeste, 2023, 70 pp.

Con la publicación de *Marida*, editada por El Toro Celeste dentro de la colección “La Federica”, Alberto Escabias Ampuero exalta el amor de la vida conyugal con la certeza de haber logrado una luz benévola: la del compromiso sincero. Así, el libro constituye, en conjunto, un lírico discurso nupcial. Es plausible pensar en el amor como un artefacto de culturas y construcción de relaciones y teorías estables, pero la representación que implanta *Marida* se vincula a la del instinto honesto de intervenir el signo de los presagios bajo la pauta de un futuro compartido. También es tentación humana otorgarle al amor una inteligencia práctica. En este caso, dicho saber se aplica al sentimiento de las anticipaciones. Confiesa el poeta que, desde su juventud, la ensoñación de la mujer amada se convertiría en un proyecto de futuro. Efectivamente, aquel proyecto pensado es hoy una realidad vivida, y queda mantenida en un mundo sin adversidades porque,

como es sabido, el amor todo lo salva y lo mejora. Sobre la base de dicho tópico descansa la relación entre hombre y mujer, quienes se obligan a la institución del matrimonio, a la concepción de fuerzas compatibles y a la fijación de lazos eternos. Por tanto, el cometido de los esposos significa la realización y el despliegue de una expresión perpetua de deseo inagotable. Además, como ocurre en los epitalmios de Estacio, este libro recoge el tópico del primer amor: ambos, la novia y el novio, han aprendido a caminar desde adolescentes con las manos unidas, con el palpito de un contacto que representa la consecuencia lógica de la fidelidad. De igual forma se recoge el motivo de la esposa cantada, imagen de un dinamismo esperanzador en virtud del cual se desarrolla el proceso del comportamiento enamorado.

Este marco descriptivo, se ejemplifica en diferentes secuencias de *Marida*. Así, en “Mezquita-Catedral” se lee: “Este escribir es otro

escribir, lo sé / [...]. / Y yo me entrego a ti, a este vivir exacto / [...]. / Mi palabra / cabe aún más viva en la voz del verso / cuando el verso / lleva tu acento de Catedral / y de Mezquita” (p. 15). Adviértase que la lírica del amor es para Alberto Escabias Ampuero el detenimiento con que la voz late en el fondo de su canto hasta corresponderse con una presencia de reconciliación cultural. A partir de diferentes estratos de tiempo objetivados en edificios religiosos —Mezquita y Catedral, lo musulmán y lo cristiano—, el presente se vuelve absoluto en tanto que, de forma dulcificada, ha podido aunar dos ritos, dos costumbres o dos legislaciones en el cronómetro actual de dos amantes. El símbolo de la unión representa una herencia emblemática de identidad que yace arraigada en un sentimiento vehemente, capaz de persistir sin referentes inmediatos. Por eso, la referencia del amor es el propio acto de su práctica y de su afirmación convencida ante testigos y divinidades. En cierto modo, se pretende residir en la palabra poética como triunfo del amor, considerándola libre de residuos conceptuales, pura en su transmisión de belleza celebrada.

En “Patio de naranjos”, que puede considerarse extensión de

“Mezquita-Catedral”, pues ambos poemas pertenecen al mismo espacio físico de la realidad, se sublima la fragancia cordobesa de la intemperie: “Llevas el amor / dentro de un aire / que calladamente desgaja / el fruto de su rama / y sutil / lo posa sobre la tierra / para que le rueden al naranjo / los aromas” (p. 20). Aquí la respiración se enlaza con el elixir de la eterna juventud y con la sensación de triunfo. El sensible proceso de la respiración, casi virginal, de un fruto caído del árbol como recompensa del destino opera en los mecanismos esenciales de las fábulas de aprendizajes y virtudes. De hecho, el tono sensitivo del poema invita a la sinestesia, a respirar el color naranja como un paraíso terreno en un patio andaluz y a unas horas de claridad climática y mental. Rejuvenecer es, por todo ello, una creencia mitológica que posiciona el amor en la cota más alta de una clasicidad humanista bien templada. Escabias logra formular una reinserción de vertientes intensas en las cuales la escritura va desencadenando la pertenencia a un paisaje concreto: el lugar del encuentro primerizo, el recuerdo entrañable e inocente de una ciudad, Córdoba, en donde la suavidad lírica, con versos de coloridas teselas, es fenomenología

del amor que irradia en *Marida* de principio a fin.

Otro ejemplo se encuentra en “Todo el amor”: “Llevo en los ojos la costumbre / de quererte / y, quizá sea por eso, que no te miro, / que no te abrazo como antes, / como juré, ante Dios, que haría” (p. 30). La promesa ante Dios representa intrínsecamente la conducta moral de justificar la vida en común para siempre; por eso surge la integración de lo novedoso en la costumbre, por ejemplo, de una mirada. Se interpreta, así, que en los ojos existe la medida de lo observado y, de este modo, la mirada se ajusta a una geometría privada como consecuencia del instinto que se desboca en un éxtasis donde se apuran las ganas de saberse rendido al amor objeto y al amor sujeto. Uno y otro, objeto y sujeto, se aproximan con deleite a la totalidad del compromiso y a una integridad sin fronteras. A partir de ahí se deduce, con razón, que la esperanza del infinito es posible alcanzarla, toda vez que existe en la poética de Alberto Escabias Ampuero la inquietud por detener los relojes y vivir un presente perpetuo. Esta idea enlaza con la estética existencialista de Kierkegaard y su propuesta de restringir el tiempo a un instante puntual y absoluto. A través de la

abstracción temporal, el amor funciona en plenitud dentro de su naturaleza trascendente, ligado, eso sí, a la supervivencia afectiva.

En la segunda sección de “El día que fuimos poema” cobra importancia la vigencia de la luz. Una luz que permanece intacta en el asombro y que limpia la realidad de engaños o falsas apariencias, de modo que produce una auténtica alianza de visibles y unánimes certezas, como la de estar enamorado. Aquí se lee: “Llegaste con una luz nueva, / de primer sol, / luz hondamente tuya, / luz nodriza de mi luz” (p. 40). La simbología de la luz en el amor se relaciona con la fuerza lumínica de las evidencias. Archiconocida es la imagen de una lámpara encendida cuando alguien tiene una idea valiosa; pues bien, la idea en *Marida* es persistir en el ambiente amable de las claridades que propicia el remoto hecho de nuestro origen. Queda ahora cifrado el amor como estrella de la que todo nace, como una espiral genética en la que se reconoce el motor del mundo. Tal aspiración parece salvadora y mágica, y además permite percibir en la acción de las relaciones una frecuencia de ampliaciones en cuya inercia se encuentra la voluntad de no extinguirse. El orden de las motivaciones de este

amor lumínico casa con la ambición de sus fines. Podría pensarse, incluso, que facilita la coherencia del enamoramiento como una honda valoración de la ideología ajena. Asimismo, resulta confortable establecer en dicho proyecto compartido la didáctica del respeto y la sorpresa: una prudencia optimista con la que alcanzar la plena libertad, autosuficiente dentro de la relación y del compromiso. Bajo el enfoque de dicha luz el comportamiento no se disimula porque se asume como perfecto y digno, alejado de sombras que interroguen la verdadera savia de los besos o de los abrazos o de la complicidad.

Por supuesto, dentro de este poemario tiene cabida la palabra del amigo íntimo y testigo —también poeta— Pedro J. Plaza, quien cierra el poemario con “Epitalmio”, homenaje al plácido recuerdo de la bonanza marital: “La poesía son Alberto y Jennifer en el día / más importante de sus vidas / [...]. / Ojalá el amor os acompañe / y os guíe siempre por los ríos imperturbables / del espacio, por los mares insondables del tiempo” (p. 46). Para la célebre pregunta bequeriana, “¿qué es poesía?”, Plaza tiene clara su respuesta: Alberto y Jennifer. La unión de palabras en el poema equivale a la unión de cora-

zones en la vida. El peso simbólico del testigo conforma la correspondencia universal de lo enteramente profundo: el vínculo sublime y bello de sus nombres. Se trata de encarnar en ellos todos los coincidentes que existen, han existido y existirán. Así pues, este cíclico proceso de reconocimiento sugiere que Alberto y Jennifer significan el epígrafe de un esquema mayor, y que no concluye en ellos, sino que más bien se extiende hacia límites aún por descubrir, para regar de amor lo desconocido. Sin duda, mediante tal hipótesis, se confirmaría la forma más radical de supervivencia del amor inserto en una cadena de eslabones.

Marida, como elemento original y diferenciador, presenta también algunas imágenes del álbum fotográfico de los novios. Se recogen distintos momentos, como el traslado de los anillos, la ceremonia en el altar o el vuelo del ramo de la novia entre las damas de honor. Las últimas páginas del libro se destinan a la transcripción de un distendido diálogo entre la joven filóloga Sandra Janicijevic y Alberto Escabias Ampuero. En dicha conversación, el poeta define el término acuñado por él, *marida*, y nos dice que “*Marida*, además de ser título —aun no siendo palabra—, es

mi modo de llamar al amor: amor total; de darle forma, de construir, a partir del recuerdo y de la esperanza, la imagen de la mujer que conmigo fue a casarse; de la mujer que, más allá de lo sacro, quiso sembrar en mí todas las edades” (p. 57). Efectivamente, en la palabra *marida* subyace la pulsión crucial de ahondar en dos identidades fusionadas. El tratamiento del amor se eleva con la urgencia de realizarse física y espiritualmente, y se prolonga enérgico como un silbido que nos avisa de la boyante primicia de llegar a ser feliz. En el examen de estos poemas corre el susurro de un secreto desvelado y la valentía gloriosa de dar aire a una quimera recogida entre los aplausos de los asistentes a la boda y de los lectores del libro. El porvenir culmina con la compensación de una fortuna inmaterial, purgativa, capaz de alentar la curación del ánimo. Con todo lo expuesto, es fácil apreciar la dignidad literaria de quien se envuelve en la conquista del espacio para rotar como un planeta junto a su estrella de luz. Y en ese movimiento está la razón de la existencia. Por consiguiente, *Marida* es, ante todo, antídoto. El hechizo general del poemario se sustenta en la potencia de la imaginación, así como en el sosiego de

una cordura expeditiva que percibe una trascendencia silenciosa, de asentimiento y de asentamiento.

Antonio Díaz Mola
Universidad de Málaga